

González de Oleaga, M., Meloni González, C. y Saiegh Dorín, C. (2019). *Transterradas: el exilio infantil y juvenil como lugar de memoria*. Temperley: Tren en movimiento, 2019, 192 pp.

Jacqueline Calderón Hinojosa<sup>1</sup>

### SILENCIO Y DESMEMORIA

El 24 de marzo de 1976 tiene lugar la Operación Aries, estrategia militar que marcará el inicio oficial del Proceso de Reorganización Nacional en la Argentina. Como cifra tentativa, se estiman 30 000 víctimas de desapariciones forzadas, tortura y asesinato. Este genocidio perpetrado por la dictadura de Jorge Rafael Videla, a la par de la implantación de gobiernos de corte militar en América Latina, constituye uno de los episodios más cruentos en la historia de la región.

Miles de personas toman posición ante la disyuntiva de luchar o huir y son conminadas a abandonar su lugar de origen y el universo simbólico que lo permea. En efecto, se renuncia a un territorio demarcado por fronteras físicas, pero también afectivas, por significados y significantes de los cuales es imposible escapar.

En sus *Tristes y Pónticas* Ovidio lo expresa: la vida como desterrado es insufrible. El exilio es el precio a pagar por el delito de lesa majestad, y su testimonio nos pone sobre aviso: *fiat iustitia et pereat mundus*. Al Estado no se le contraviene, y quien ose hacerlo será castigado, cuando menos, con la muerte civil.

A más de cuatro décadas de aquel golpe militar, y a varios siglos de distancia del poeta romano, las improntas inducidas por el terrorismo de Estado prevalecen. Quizá los mecanismos empleados por la política actual son más sutiles, pero no por ello menos cruentos. Tal como señalan Françoise Davoine y Jean-Max Gudilliere, «el trauma a menudo golpea dos veces. La primera vez justo después de los acon-

---

<sup>1</sup> Candidata a doctora en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: jacquelinech11@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0001-8849-273X>

tecimientos y a veces mucho después, en un plazo de diez, veinte o treinta años, cuando un pequeño detalle trae al presente los acontecimientos pasados» (Davoine y Gaudillière, 2010, p. 27).

Una marca indeleble aparece suspendida en el tiempo, sobreviene la relación entre el presente y el pasado, pero no en una sucesión horizontal del antes que da paso al después aniquilante, sino de una yuxtaposición, del tiempo vertical de la poesía descrito por Bachelard.

Desde este horizonte, un grupo de *transterradas* cavila sobre un territorio poco explorado a la luz del exilio: la infancia. Tres autoras nos hacen partícipes de sus historias en una obra resultado de un profundo trabajo de elaboración individual y colectiva. Este libro entrega un nítido testimonio de la coyuntura política y social desde la *espacialidad* de la infancia. Para las autoras, la infancia no es un tiempo determinado por la ignorancia y menos un mero estado transicional: es un lugar. Lejos estamos de la escueta definición de *infante* como aquel incapaz de conquistar la palabra.

Marisa González de Oleaga, Carolina Meloni González y Carola Saiegh Dorín, desde la historia, filosofía y literatura, cada una revela a través de la palabra escrita la resignificación de su pasado, ejercicio que les ha posibilitado devenir transterradas y no «exiliadas». El «exilio», en tanto sinónimo de «expulsión» —advierten en su texto— implica cierta violencia y pasividad a la vez. Es así que el vocablo «transterrada» saca del lugar de víctima a quien, en principio, ha visto su existencia forjada por otros. Devenir transterrada o transterrado es solo posible mediante un ejercicio de reapropiación de ese destino impuesto. Dicho ejercicio querría convertir el exilio en otra forma de desplazamiento más luminosa.

Afectadas —al modo de Spinoza— por la dictadura, las tres parten hacia territorios indómitos y falaces, pues qué mayor engaño hay que la idea de que basta con hablar «el mismo idioma» para trasladar a nuevos espacios, físicos y afectivos, una vida. Se trata de «el mito de la lengua» que señalan las autoras y que Carola cristaliza: «En doce horas de avión el pebete se hizo medianoche, las medialunas cruasanes, la manteca mantequilla, las frazadas ahora son mantas...» (González de Oleaga *et al.*, 2019, p. 166). El mundo desde los ojos de una niña y el trabajo de elaboración secundaria que sobre estos recuerdos fabrica hoy en día, dan cuenta del intento de recuperar lo perdido a partir de la sustitución en un juego de simulacros.

La lista continua e inaugura asimismo un juego de irrealidades e imposibilidades. La permuta lingüística, subrepticamente, acota los límites de la existencia, de lo que fue y ya no es ni será. Lo que en principio encontraba su contraparte ahora sufre una conmoción gnoseológica y ontológica: «Las valijas que transportaban nuestra herencia y nuestra historia se abrieron aquí como maletas y todo fue ya otra cosa» (González de Oleaga *et al.*, 2019, p. 166). Y el colofón, la pérdida del

nombre propio: «Me preguntaron incrédulos mis compañeros si era verdad que yo no estaba bautizada, a lo que siguió un razonamiento inapelable por su parte que acabó afirmando que en ese caso me podrían llamar como ellos quisiesen» (González de Oleaga *et al.*, 2019, p. 166).

En este juego de presencias y ausencias, el universo conocido solo puede recuperarse a partir de la palabra que genera resonancias, la palabra que pide ser escuchada y hablada. Estas resonancias, a la par de su preocupación por el lugar de la infancia, resultan en uno de los elementos más sobresalientes de *Transterradas*, y que los distingue de otras obras dedicadas al tema, claro está, al margen de obras literarias como las de V. S. Naipaul, Doris Lessing, Jamaica Kincaid o Mohamed Chukri, por ejemplo.

Este libro nos invita a colocarnos en el lugar de la infancia para comprender que no solo el alimento y el techo son necesidades básicas, sino también lo concerniente al terreno de los afectos, cuestión que las políticas actuales —pero también la bibliografía especializada en el tema— deciden obliterar.

Lejos estamos de un texto donde estadísticas y estudios de caso impersonales traten de sustentar una tesis. Quien desee ese grado de abstracción hallará bibliografía en abundancia. Quien pida a las autoras que describan y hablen sobre los fenómenos migratorios actuales, sencillamente no ha entendido la intención de este libro. En su intimidad, pareciera que el texto se cerrara e hiciese imposible establecer puentes con la actualidad, pero ¿acaso el terrorismo de Estado ha sido erradicado? En todo caso, nos hallamos ante su constante mutación.

Finalmente, ¿cómo sobrellevar esa experiencia que se sabe común pero que adviene ominosa; tan familiar y cercana que resulta incómoda? Una paradoja aparece, pues en tanto la situación se comparte con otros y es tácita su comprensión, un régimen de silencio acaece. En consecuencia, una huella indeleble irrumpe en la historia personal de miles. El exilio es un extraño secreto a voces del cual se procura no hablar, quizás por temor a que con la rememoración advenga el dolor. Sin embargo, estamos ante «la eterna paradoja por la que hay cosas que sólo se entienden bien desde la ruptura: una vez que ya no se puede perder nada más se pasa a atar cabos, se conceden treguas y se confiesa lo inconfesable» (Méndez, 1997, p. 56).

## REFERENCIAS

- Davoine, F. y Guadillière, J. M. (2010). *El acta de nacimiento de los fantasmas*. Fundación Mannoni.
- González de Oleaga, M., Meloni González, C. y Saiegh Dorín, C. (2019). *Transterradas: el exilio infantil y juvenil como lugar de memoria*. Tren en movimiento.
- Méndez, G. (1997). *El informe Kristeva*. Seix Barral.